

vidos proscribían con audacia todo cristianismo que no fuese el suyo, y pretendían que desde que los hermanos de la Cruz (así se llamaban ellos á sí mismos) habían aparecido en el mundo, había desechado Dios al Papa, á los obispos y á los sacerdotes. Añadían que les había quitado la potestad de desatar y de consagrar; en una palabra, que había destruido el sacerdocio evangélico á causa de la corrupcion de sus ministros. También abolían todos los sacramentos, y en especial la Eucaristía, diciendo que ni era el verdadero Cuerpo del Salvador, ni el verdadero Dios, sino el misterio de la codicia de los sacerdotes. Reducían todas estas señales sensibles y productivas de la gracia al bautismo de sangre que pretendían recibir ó dársele ellos mismos azotándose por las calles, caminando detrás de una cruz que llevaban en procesion, en memoria de la Pasion de Jesucristo. Afirmaban que sin esto era imposible entrar en el reino de los cielos; pero que por innumerables y enormes que fuesen los delitos cometidos, bastaba segun su sistema esta penitencia para expiarlos todos. Parecíanles pues inútiles todas las indulgencias y las obras satisfactorias, siéndoles igualmente odiosas que las indulgencias la fé ó creencia del Purgatorio y la celebracion de las fiestas á escepcion del domingo. Para colmo de impiedad ó de locura, sostenían que su doctor Conrado Schmid, y no Jesucristo, había de presidir en el juicio final.

De aquí aparece que ó las ideas ó máximas de Wiclef se habían estendido ya mucho, ó que la Inglaterra no era el único país fecundo en mónstruos y quimeras. La muerte de este heresiarca en nada había disminuido la ciega temeridad, ó por lo menos la oculta y artificiosa actividad de sus sectarios. Disponiendo un parlamento celebrado en 1402 que se les buscara y pusiese en poder del obispo diocesano para entre-

garlos en caso de obstinacion al brazo secular, procedieron con la mayor cautela, y mucho más desde que vieron que aquel decreto había sido ejecutado en un sacerdote á quien se quemó públicamente en Smithfield; pero si dogmatizaron con más secreto, no lo hicieron con menos impiedad (1). El caballero Luis de Clifford que los había protegido hasta entonces sin conocerlos bastante, en el año siguiente (1402) descubrió al arzobispo de Cantorbery Tomás de Arundel, que enseñaban entre otros errores las proposiciones siguientes: «la iglesia es la sinagoga de Satanás, en donde no debemos presentarnos para honrar á Dios ni para recibir los sacramentos, principalmente el del altar, que es un pan de muerte y el alimento del anticristo: todos los sacramentos en general no son más que unas señales sin objeto y sin virtud en la forma adoptada por la Iglesia: no se deben llevar á la iglesia los niños recién nacidos para que reciban en ella el bautismo, porque son unas imágenes purísimas de la Trinidad, y en manos de los sacerdotes contraerían manchas que no tienen: para formar un matrimonio santo, basta el consentimiento de los contrayentes, sin ninguna sumision á la Iglesia: la virginidad no merece la aprobacion de Dios, el cual mandó de tal modo el matrimonio, que nadie está en camino de salvacion si no tiene por lo menos la voluntad de casarse: ninguna fiesta, ningun día es más santo que otro, y en todos sin escepcion alguna hay la misma libertad para trabajar, y para comer y beber: en fin, no hay Purgatorio despues de esta vida; y para cualquier pecado no se necesita más penitencia que abandonarle y arrepentirse de él con fé.»

Llegó por Bohemia á Alemania esta fatal doctrina, habiendo inficionado antes á In-

(1) Valsing. pag. 364 etc.

glaterra; y este trastorno en punto de religion fué producido por unos miserables celos entre varios profesores. Es el caso, que la universidad de Praga, fundada por el emperador Carlos IV, quien al efecto se sirvió de doctores alemanes, continuaba bajo la direccion y gobierno de estos extranjeros, con gran disgusto de los naturales del país y especialmente de Juan Hus, aunque muy jóven todavía y de baja estraccion; pero ensoberbecido con sus disposiciones para las ciencias, con su talento para la oratoria, con sus costumbres austeras, con su piedad poco ilustrada; en una palabra, hipócrita devorado del deseo de la preferencia y del ánsia de dominar (1). Utilizando los bohemios el resentimiento del rey Wenceslao, irritado contra todos los alemanes porque había sido depuesto del imperio, recobraron con facilidad la presidencia de sus escuelas, quedando escludos sus competidores, quienes salieron de Praga llenos de despecho en número de muchos millares, así doctores como estudiantes, y se retiraron á Leipsic, cuya universidad fué establecida con este motivo (1402).

En estas circunstancias, un caballero bohemio que había estudiado en Oxford, donde vió por casualidad los escritos de Wiclef, los llevó á su patria como un monumento de su buen gusto y de un estudio profundo. Mostróse celoso partidario de unos principios que llevaba de países tan remotos, y los comunicó á los enemigos de los alemanes y en especial á Juan Hus que era uno de los más acérrimos. Con todo el ardor de la escuela y del patriotismo echaron mano de un recurso que no ya el ingenio, sino la novedad les ofrecía, y que era tan á propósito para sostener la gloria nacional. Hus, que había sido ordenado sacerdote en el año 1400,

(1) Trith. chron. hirs. ann. 1402; Aen. Sylv. Hist. Boh. p. 103.

obtuvo muy en breve el destino de predicador en una iglesia que con el nombre de Belen había fundado nuevamente un rico ciudadano de Praga. Esta fundacion, hecha con la condicion de predicar todos los días en bohemio ó esclavon vulgar, no podía ser más favorable á sus miras. Comenzó, pues, anunciando algunas proposiciones de Wiclef con grandes preámbulos, así sobre la escelencia de aquella rara doctrina, como sobre la santidad de su autor, cuya suerte eterna decía ser la única recompensa que para sí anhelaba. No tardó en acudir un numeroso concurso de gentes inquietas y sin principios, de hombres llenos de deudas, de ciudadanos turbulentos, de clérigos ignorantes é infamados por sus delitos, de algunos sábios envidiosos de la preferencia concedida, no ya á los alemanes para los empleos honoríficos, sino á la nobleza, en la distribucion de los mejores beneficios; en una palabra, de toda aquella clase de personas que solo esperan mejorar de fortuna con las novedades y revoluciones. Entonces el predicante no guardó ya circunspeccion alguna, antes bien á los errores de Wiclef añadió los de los waldenses. Pronto veremos los desastrosos frutos de semejantes conventículos.

Antes de este tiempo, Pedro de Luna ó Benedicto XIII, arrestado por espacio de cinco años en su palacio de Aviñon, donde padeció tanto que hubiera bastado para desalentar á cualquiera otra ambicion que no fuese la suya, tuvo bastante vigor y presencia de ánimo para idear y ejecutar el proyecto de su libertad. Como estaba custodiado por soldados normandos, un caballero de aquella provincia, llamado Roberto de Braquemont, deseando segun se presume agradar al duque de Orleans enteramente adicto á los intereses de este antipapa, hacía frecuentes visitas á Benedicto con toda la libertad que para ello le concedían los

guardias sus compatriotas. Despues de acostumarles á estas frecuentes entradas y salidas, que por lo comun se verificaban al anochecer, el día 11 de marzo de 1403, al acercarse la noche, salió con el antipapa disfrazado, como si fuese uno de su familia. Recibió á uno y á otro una escolta de quinientos hombres preparada por Braquemont, á alguna distancia de Aviñon, y los condujo á Chateau-Raynard, que era una pequeña fortaleza cercana (a). Debemos notar que aun en su fuga y disfraz quiso Benedicto (1) representar en cuanto le fué posible el papel de Papa, pues llevó la Eucaristía en una caja de plata, segun la costumbre de los Sumos Pontífices, quienes ordenan que la lleven delante de ellos en sus viajes. Tuvo tambien la precaucion de tomar como documentos útiles para sus designios, algunas cartas en que le declaraba el rey Carlos VI que nunca habia sido su intento se le negase la obediencia.

Cuando se vió seguro, se puso las vestiduras y todas las insignias pontificias, mandó que le afeitasen, porque se habia dejado crecer la barba todo el tiempo que habia estado preso en señal de la opresion que padecia, y con este motivo habló con tanto chiste y donaire, ó por mejor decir, con tanta serenidad, acerca de los ultrages que habia sufrido, que pareció tan superior á las bajezas de la venganza como á los caprichos de la fortuna. Su fuga causó tanta sorpresa en Aviñon, que al punto desaparecieron los guardias que cercaban el pala-

(a) De diferente manera cuentan otros historiadores la fuga de Benedicto. Dicen que el condestable de Aragón, don Jaime de Prades, halló medio de sacarle, abriendo con mucho disimulo un boquete en la casa contigua al palacio apostólico, y que por allí salió una mañana sin ser visto hasta la ribera del Ródano, donde le esperaba el cardenal de Pamplona con algunas compañías de gente armada y una barea en la cual se trasladó á Chateau-Raynard. Laf. t. 7, p. 424.
(N. del E.)

(1) J. Jov. p. 452; Labour. p. 401.

cio. Salieron fácilmente con los cardenales de Pamplona y de Tarragona los dependientes de él. Mostráronse igualmente solícitos todos los demas en acercarse á Benedicto y merecer su reconciliacion despues de haber sido los primeros autores de su desgracia. No los trató con mayor rigor que á sus guardias, y ni aun tuvo la politica tan comun en semejantes casos de venderles muy cara su amistad; antes bien, despues de una corta resistencia, empleada por no dejar desairada su dignidad, ó por atraerlos mas y mas á su partido, ofreció olvidar lo lo pasado y convidó á comer á los mismos de entre ellos que habian escogidos por mediadores. Igualmente humano se mostró con los ciudadanos de Aviñon, de quienes no exigió otra cosa sino que reparasen las brechas abiertas en el palacio mientras le tuvieron sitiado en él (1).

El mismo día en que llegó Benedicto á Chateau-Raynard, valiéndose de las cartas en que parecia que el rey Carlos desaprobaba el que rehusasen obedecerle, escribió á este príncipe, y al mismo tiempo á los señores de su consejo y á la universidad de París para notificarles su salida de Aviñon. Pedia la restitucion de la obediencia que le era debida, y protestaba con su acostumbrado énfasis el celo de que estaba animado por la union y por la prosperidad de la Iglesia. Despues de la reconciliacion de los cardenales, como el rey habia convocado ya al clero de Francia para examinar las ventajas y los inconvenientes de la sustraccion, envióle el antipapa en calidad de diputados á los cardenales de Malesec y de Saluces. Tuvieron audiencia del monarca el día 20 de mayo en presencia de los príncipes de la sangre y de algunos otros señores, en el palacio ó casa de San Pablo, monumento de la respetable sencillez de los reyes

(1) Hist. anon. p. 409.

de Francia, porque aun en aquel tiempo habia en París otras casas mucho mejores (1). El cardenal de Malesec, que llevaba la palabra, dijo que la sustraccion de la obediencia, lejos de haber contribuido á extinguir el cisma, solo habia servido para aumentar el escándalo y la confusion, y que esta consideracion habia obligado á los cardenales á reunirse con su gefe, el cual por su imperio sobre la fortuna y sobre el resentimiento en las últimas conmociones, acababa de mostrar toda la grandeza y bondad de alma que se necesitaba para el gobierno de la Iglesia en unos tiempos tan calamitosos. A esto añadió, que el Pontífice prometia conformarse con lo que arreglase el consejo del rey y de los príncipes, y que los elegia por árbitros de todos sus intereses. Este discurso, junto con la proteccion del duque de Orleans, causó una impresion muy fuerte, y desde entonces quedó muy adelantada la restitucion de la obediencia.

Sin embargo, el rey remitió este asunto á las deliberaciones de la asamblea del clero, donde hubo grandes debates aun en las compañías subordinadas que asistieron á ella. La universidad de París, contraria á las de Tolosa, Montpellier y Angers, las cuales se habian declarado unánimemente á favor de la restitucion de la obediencia, estaba dividida acerca de este punto en dos partidos distintos, sin contar el de la nacion de Inglaterra, y despues de Alemania, que continuaba reconociendo al Papa legítimo, y lo mas particular era que esta conducta era protegida por el rey Carlos VI (2). En medio de esta variedad de opiniones, advirtió sin embargo el duque de Orleans que el mayor número estaba por Benedicto. Logró una orden del rey su hermano para que se procediese á la votacion y se contasen los votos, no

(1) Dupuy, p. 275.

(2) Duboul, t. 5, p. 65.

en público, sino bajo la direccion de cada metropolitano con respecto á sus súbditos. Resultando la pluralidad como él lo habia previsto, el día 28 de mayo, estando ausentes los duques, sus tios y antagonistas; reunió el clero y acompañado de los preladados pasó á la capilla donde estaba el rey orando, y le presentó la lista de los votos que condenaban la sustraccion. El rey dió muestras de quedar satisfecho, y dijo algunas palabras muy lisongeras acerca de la superioridad de talento y de la integridad de costumbres de Benedicto.

El duque tomó al instante el Crucifijo que estaba en el altar, le presentó al rey, y le suplicó que jurase sobre aquella señal adorable de nuestra redencion no apartarse de las buenas intenciones que le animaban á favor de la Iglesia. Carlos puso las manos en la cruz, y dijo: «desde este momento restituyo á nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XIII toda la obediencia que le es debida; y mientras yo viva, prometo reconocerle por Vicario de Jesucristo en la tierra. Tambien me obligo á hacer que se le reconozca como tal en todo mi reino.» Dichas estas palabras, postróse delante del altar y entonó el *Te Deum*, que continuaron todos los asistentes. Mandó que se anunciase despues su determinacion al pueblo de París, tocando todas la campanas de la ciudad; y á los de las provincias por medio de una carta circular dirigida á los obispos. Advertidos entonces por un ruido tan imprevisto los duques de Berri y de Borgoña, manifestaron su desagrado en tales términos que se temió que no durase mucho lo que se acababa de hacer; y en efecto, todo lo hubieran desbaratado, á lo menos en alguna accesion de la enfermedad del rey, si hubiesen perseverado en la misma resolucion y en los mismos designios. Mas el duque de Orleans dió tantas esperanzas al duque de Berri de obtener de Benedicto todo lo que desease, que logró

hacer que tomase parte en los intereses de este antipapa; despues de lo cual fué ya una especie de necesidad para el duque de Borgoña, que temia un desaire mas ruidoso, aparentar por lo menos que le agradaba lo que le afirmaron acerca de las disposiciones presentes de Benedicto relativas á la tranquilidad del Estado y de la Iglesia.

Se aseguraba, por ejemplo, que este antipapa, siempre magnifico en sus promesas, aceptaria la cesion si su competidor Bonifacio cedia, moria ó era arrojado de su Silla; que antes de esto á nadie inquietaria por lo que habia ocurrido durante la sustraccion, y en particular que no haria ninguna novedad en las colaciones y promociones hechas entonces por los ordinarios (1). Con estas seguridades y otras muchas, de cuyo puntual cumplimiento respondió el duque de Orleans, demasiado persuadido de su ascendiente sobre el espíritu inflexible y disimulado de Benedicto, se tuvo una conferencia el dia 30 de mayo en casa del duque de Berri, en el palacio de la audiencia, cerca de la puerta de San Antonio; pero antes de concluirse mandó el rey que pasasen los individuos de la asamblea á su palacio de San Pablo. No pensaba mas que en dar gracias á Dios por la reconciliacion, y estaba ya pronto para montar á caballo y dirigirse á la iglesia de Nuestra Señora. Hizo que le acompañasen los príncipes y los prelados; ofició de pontifical el cardenal de Malesec, y el obispo de Cambrai, Pedro de Ailli, publicó desde el púlpito lo que se habia hecho en favor del antipapa. Espidió el rey en el mismo dia sus órdenes á todos sus vasallos para que reconociesen á Benedicto XIII por Sumo Pontífice. Hubo un decreto particular para la universidad de Paris, cuya irresolucion se fijó con esta providencia á causa de la perfecta una-

(1) Duboul. p. 64 et seq.

nimidad que estableció en ella, escepto la nacion de Inglaterra que persistió siempre en la obediencia romana. Con el objeto de complacer en todo á Benedicto, á quien eran principalmente afectos los dominicos, volvió la universidad á abrir sus puertas á estos religiosos, escludidos de su seno siete años habia, como fautores de la temeridad de su hermano Juan de Monteson contra la Concepcion immaculada. Exigió, no obstante, que los bachilleres de la órden hiciesen juramento de sostener la condenacion de esta doctrina: á lo que se sujetaron los frailes predicadores de la provincia de Francia por un instrumento auténtico, fecho á 21 de agosto de este año de 1403 (1). Volvieron igualmente á ponerse bajo su obediencia el reino de Castilla y las demas naciones que á ejemplo de la Francia habian abandonado á Benedicto (a).

De este modo pasó sin intervalo desde el abismo de las humillaciones hasta el colmo de la gloria y de la grandeza, por una de aquellas mudanzas de la fortuna que nos enseñan á despreciar igualmente sus desgracias y sus favores, y sobre todo á no abusar nunca de estos. Pero si es sorprendente el modo maravilloso con que se dió esta leccion á Pedro de Luna, no lo es menos la indocilidad con que se opuso á ella. Inmediatamente despues y á pesar de todas sus promesas, mostrándose siempre celoso de la autoridad y de la dominacion, dió por nulo todo lo que se habia hecho durante la sustraccion con respecto á la jurisdiccion pontificia, y quiso conferir de nuevo cuantos beneficios habian vacado en aquel tiempo.

(1) Duboul. p. 82.

(a) El rey de Castilla Enrique III restituyó su obediencia á Benedicto por medio de sus embajadores; pero en la acta que estos firmaron en Aviñon á 12 de setiembre de 1401, se estipuló como precisa condicion la pronta celebracion de un concilio general que decidiese sobre el cisma y declarase, segun ya digimos en la nota anterior, quién era el verdadero Papa.

(N. del E.)

Felipe de Vilette, á quien se habia dado entonces la abadía de San Dionisio, fué tratado como un intruso por el ambicioso Pontífice, se le sujetó á una nueva informacion de *vita et moribus*, y se le obligó á recibir las bulas de Aviñon (1). El arzobispado de Tolosa, para el cual habia sido elegido Vidal de Castelmoron, se dió por vacante, y le proveyó el antipapa en el obispo de San Pons, Pedro Ravot, celoso partidario suyo (2). Habiendo vacado el de Arlés, se contentó Benedicto con poner en él un vicario y se apropió sus rentas. Pretendió cobrar los subsidios que habia dejado de percibir la cámara apostólica en los últimos años, como tambien los derechos de diezmo, de administracion, de espolios y de toda clase de censos con sus caidos.

Habiendo llegado á noticia del rey estas exacciones, las cuales pusieron en conmocion á todas las iglesias, irritado justamente el monarca al ver semejante audacia y la infraccion de las palabras dadas, publicó una declaracion en que confirmaba todas las provisiones de los beneficios obtenidos durante la sustraccion, y prohibia á todos los eclesiásticos pagar cosa alguna á los colectores del antipapa por razon de subsidios ó de cualesquiera otros derechos correspondientes á la misma época. Dispuso el rey que se notificase desde luego este decreto á Benedicto por medio de diputados que le alcanzaron en Tarascon, donde estaba con el duque de Orleans, habiendo salido antes que ellos, ofendido personalmente por la violacion de unas promesas, cuyo cumplimiento habia asegurado el propio. El golpe de autoridad emanado del trono dió á las solicitaciones del duque la virtud de que habian carecido hasta entonces. El antipapa concedió todo lo que se le pedia, y espidió

sus bulas, poniéndolas en manos del mismo principe antes de su marcha, reiterando sus protestas de benevolencia con respecto al reino, y de celo por la paz de la Iglesia (1).

Para mas corroborar la ilusion, y persuadir que ansiaba con sinceridad la reunion tan solicitada, envió á Roma cinco embajadores, y entre ellos á Pedro Ravot, aquel obispo de San Pons, á quien acababa de favorecer tan particularmente, y el cual tenia el encargo de llevar la palabra (1404). Dificil es referir con esactitud todo lo que se hizo, y principalmente todo lo que se dijo en una negociacion que puede compararse á un combate, cuyas relaciones publican siempre á favor suyo cada cual de los dos partidos contrarios. Lo que interesa saber es (2), que Benedicto pidió un salvo-conducto para sus embajadores, y que se le concedieron Bonifacio y los romanos. Hubo dos conferencias en Roma; la primera se redujo enteramente á deferencias artificiosas, á protestas vagas, á proposiciones ambiguas, con una circunspeccion visiblemente forzada. Cesó en la segunda la ficcion; se acalararon los dos partidos; escedieronse uno y otro; se dirigieron palabras injuriosas, y se ultrajaron de un modo horroroso. Bonifacio dijo con orgullo que él era el verdadero Pontífice, y que Pedro de Luna era un intruso; replicáronle los embajadores, que á lo menos su amo no era simoniac, dando á entender con estas palabras que lo era Bonifacio. Mandóles este que saliesen al punto de la ciudad, y ellos le respondieron con osadía: «Tenemos un salvo-conducto de los romanos, igualmente que de vos; su término no ha espirado aún, y queremos disfrutarle en toda su esten-

(1) J. Juv. p. 154.

(2) Gall. Christ. t. 1, p. 581.

(1) Prueb. de las Libert. p. 466.

(2) Hist. anon. p. 501; Ampliss. Collectio. t. 7, p. 688 et seq.